



Lecciones del Cuaderno Gris

Autor: Pedro Campoy Torrente. Universidad de Extremadura

Ponencia en Webinar “Aportaciones de la Criminología en tiempos de crisis” organizado por la Universidad de Castilla-La Mancha

7 de mayo de 2020

“Como hay tanta gripe, han tenido que clausurar la Universidad. Desde entonces, mi familia y yo vivimos en casa, en Málaga”.

Salvo el hecho de que Josep Pla, el 8 de marzo de 1918, se fue a la casa familiar con su hermano a Palafrugell (Girona), este pasaje es literal, siendo el que abre *El cuaderno gris*¹. Y, como ven, podría aplicarse a nuestro caso.

Recordemos que, antes de que avanzara el COVID19, en algunas declaraciones públicas (ej., Díaz Ayuso² o Trump³) le considerábamos el hermano pequeño de la gripe estacional. Una gripe floja. Hasta que lo cerramos todo y empezamos a lamentar tantas pérdidas: económicas, sociales y, especialmente, humanas.

En un estupendo libro de Ryan Davis, “The Spanish Flu: Narrative and Cultural Identity in Spain”⁴, se repasan varias manifestaciones folclóricas de la época, así como testimonios, indirectos, de personas que “sufrieron” la epidemia de 1918, como el de María Dolores Vergés, quien en una carta le escribió a Richard Collier su experiencia: “esta epidemia ha azotado a nuestro país de forma horrorosa; ha provocado daños más allá de lo emocional”. Su madre, embarazada, fallecía junto al bebé que esperaba y eso marcó su infancia.

En estos tiempos asistimos a profundos problemas políticos en nuestro país (como corrobora Pla en su dietario: “la política de este país no va nada bien la agitación social es enorme, tanto externa como internamente. La confusión es oscura, la verborrea, inextricable, los puntos de vista de una irrisoria minúscula”).

¹ Las ediciones manejadas son la de Destino (1992) y la de La Butxaca (2014).

² Declaraciones en Espejo Público, Antena 3, 26 de febrero de 2020.

³ Ver: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-52186873>

⁴ Davis, R. A. (2013). *The Spanish Flu: Narrative and Cultural Identity in Spain*. NY: Palgrave. Véase también Porrás-Gallo, M. I. y Davis, R. A. (2014). *The Spanish Influenza Pandemic of 1918-1919. Perspectives from the Iberian Peninsula and the Americas*. NY: University of Rochester Press.



En materia criminológica, Bernaldo de Quirós⁵ nos contaba que en esa época se estaba abandonando la endocrinología por la biotopología, que en esos tiempos, gozaba de gran predicamento en otros lugares como Estados Unidos.

Este paralelismo con la actualidad “positivista” de la época posee un velo que nos puede desviar del foco de atención: en dicha época, estas cuestiones se estaban abandonando o, mejor dicho, adaptando: estos esfuerzos se dirigían al control de los grupos sociales, especialmente, vagabundos, gitanos (famosos sus pasajes sobre el gitanismo retomando el libro de Salillas, Hampa⁶) y hacia los colectivos y barriadas más desfavorecidas. Lo social, al fin y al cabo.

Josep Pla, de familia acomodada, vivió el encierro en la casa familiar, acomodada, lejana a la Barcelona donde la gripe dejaba un reguero de tristeza y alimentaba el descontento ciudadano, que la burguesía vivía con altos índices de miedo.

Como Davis también nos cuenta, de hecho, los periódicos de la época mostraban en una fase inicial elevadas dosis de sátira y humor sobre la gripe; con el paso de los meses, reflejaban las preocupaciones burguesas debido al impacto de la gripe.

En términos comparados, ya sabemos que el positivismo fue rechazado y las condiciones de vida, junto con las problemáticas sociales asociadas (valga la redundancia), se impusieron como explicación de las conductas delictivas, desviadas y, cómo no, paliativas del enorme impacto de la gripe del 18: los enormes índices de pobreza, acentuados por las guerras, eran el foco al que destinar los recursos para paliar el impacto de la gripe.

Y, recuerden este dato, porque volveremos sobre él al final de mi intervención: la gripe del 18 se cebó especialmente con personas jóvenes. Así, las familias recibían apoyo de sus mayores, en una época en España donde el apoyo familiar era la vía de supervivencia. Como así ha sido hasta ahora (véase la crisis económica de 2009, no tan lejana).

⁵ Bernaldo de Quirós, C. (1908). Las nuevas teorías de la criminalidad. Madrid: Imprenta de la Revista de Legislación. Ver también: Bernaldo de Quirós (1948). Criminología. Puebla: J. M. Cajica.

⁶ Salillas, R. (1898). Hampa. Antropología Picaresca. Madrid: Lib. de V. Suárez.



Nos cuenta Pla que durante la epidemia “mirar a la gente a los ojos, es un poco difícil. Es la última cosa que la gente se deja mirar. Me fascina ver la escasa cantidad de personas que conservan en la mirada algún rastro de ilusión”.

En este sentido, hoy en día es lo que nos queda, debido al uso de las mascarillas. Pero esa pérdida de ilusión, hoy, se traduce en comportamientos obsesivos y atribucionales: la policía de balcón te vigila, mirándote a los ojos, sin saber de tus circunstancias. La desconfianza, el miedo, la externalización de la ira o, sin más, el sesgo cognitivo que a todos nos acompaña.

El paralelismo histórico tiene curiosos vaivenes, como por ejemplo la desafección hacia lo británico: ahora, ciertos sectores conservadores le dicen al Reino Unido que deberían haberse pensado bien el Brexit, cuando este país pide que se le incorpore al sistema de alertas sanitarias de la UE. Pla nos decía en su libro, sobre las posiciones políticas en 1918: “los reaccionarios de este país siempre han sido, serán siempre, germanófilos. La bestia negra, para ellos, será permanentemente Inglaterra”.

En nuestro caso, hoy estamos ante una incipiente desescalada de las medidas de contención. Pero muchas personas alertan de que será fatal porque cabe esperar una segunda oleada. No obstante, desde ciertas posiciones políticas se aboga por la presión al Gobierno para que se vuelva a la normalidad cuanto antes.

“Abran América otra vez”, que dirían los trumpistas. Como aliado para este menester de volver a la normalidad, aluden a la tecnología: podemos conocer quién está infectado en tiempo real, dónde movernos, decir si estamos enfermos o no. Ay, si el labelling approach estuviera en boga. Y, qué decir del sentimiento de que ceder datos médicos a ¿quién? es necesario, seguro y eficiente. Peligroso, cuanto menos.

En relación con la segunda oleada de la gripe del 18, el 18 de octubre (inicio de la segunda oleada), nos cuenta Pla: “la gripe hace estragos terroríficos. La familia nos hemos tenido que dividir para ir a los entierros.



La impresión que dan muchos de los que acuden a los responsos es de una cierta, general, indiferencia. Acuden las personas de bien” (con dinero). “La gripe”, prosigue el día 22, “continúa matando implacablemente a la gente. Los sentimientos reales y auténticos se transforman en una especie de rutina administrativa. Aunque sólo fuese por esta razón, convendría que este escándalo de la patología tuviera un fin, que la gripe no matara a nadie más”.

Contrasta la visión que tienen las clases sociales altas sobre las muertes: indiferencia. Hoy, aunque las cifras están a la baja, reportamos más de 200 muertos por día, pero nos parece algo normal. Esta rutina administrativa no sólo afecta a la vivencia de la muerte: también a la empatía. Ande yo caliente, ríase la gente, dice el amplio refranero español. Cada uno, a lo nuestro. Más egoístas por dentro: más música en el balcón, por fuera. Terrorífico en términos de correlatos de la delincuencia y de justificación de privación de derechos y libertades.

Casi al final de la segunda oleada, en una conversación con un compañero, que tiene un amigo en el negocio de las pompas fúnebres, Pla señala que “hay muchos enfermos, es impresionante”. A lo que éste responde que sí, que hay muchísimos, pero “por ahora, es un agripe benigna, que no mata”. Como después comprobaría, le faltaría espacio para los muertos. Y, ello, sin contar que el impacto entre las clases sociales, que no podían costearse estos “lujos”, fue mucho mayor. (ojo que ahora pedimos que les controlemos). Como el mismo Pla refiere: “ahora los nichos son muy caros...”

¿Es necesario, realmente, volver a preguntarnos si el impacto de la epidemia tiene que ver -también- con las condiciones sociales? ¿No sería conveniente retomar aquel foco puesto en esas condiciones de vida, en estos tiempos convulsos?

Hoy parece que todo vale en términos de control epidémico y de reactivación de la economía. Esto nos lleva a algo que la criminología analizó desde el nuevo realismo de izquierdas y derechas: el choque de trenes de grandes modelos sociológico-estructural-funcionalistas sólo benefició al discurso del control.



El fracaso de los movimientos críticos criminológicos se vuelve a repetir: la negación de la ciencia como elemento de análisis propio lleva que las perspectivas científicas se impongan para el uso que cada gobierno quiera. Y ni que decir tiene que, en mi opinión, no es un problema de la ciencia ni del paradigma científico, sino de que los críticos ayuden a hacer ciencia.

En otras palabras: lo crítico tiene el discurso y no quiere datos, sino imposición; lo mainstream tiene los datos, por lo que organiza el discurso de acuerdo a lo que quiere imponer a través de la ciencia. Y, esta polarización, es altamente inflamable. Como vemos en redes y, lamentablemente, en el Congreso de los Diputados.

En síntesis, criminológicamente hablando, en los 20 del S. XX abandonábamos el paradigma biológico y pasamos al paradigma social: una apuesta de sentido común, pero finalmente, cara, en la que apostamos todo a lo social (como si fuese más modificable o más fácilmente modificable). Aún estamos pagando por ello en términos de prevención e intervención. En los 20 de este siglo, estamos abandonando lo social para volver a lo biológico (especialmente, a lo biométrico, como elemento de control, en la línea de lo que decía Per Stangeland en el anterior webinar del día 30 de abril).

Tenemos modelos teóricos muy trabajados, muy sólidos y cada vez mejor investigación. No obstante, la traducción que realizan los aplicadores del conocimiento, no digamos los gestores, tiene que ver con el control. En la comunicación que realizamos solemos perdernos, lo cual afecta a que la ciudadanía no nos entienda. Si no nos entiende, no somos una voz legítima. Y los ciudadanos quieren certezas, no probabilidades, ese terreno tan nuestro, tan científico. Y, claro, gana la certidumbre de las herramientas de control. Hoy, telemáticas. Casi Skynet, el ente cibernético que dirigiría a las máquinas contra la humanidad en Terminator.

El nuevo bálsamo de fierabrás está en un chip, en el *big data*, el *machine learning* e Internet. Pero sin teoría, la práctica es altamente peligrosa para los de siempre: las clases trabajadoras, los excluidos, los desfavorecidos. Quienes también piden control, no perdamos tampoco esto de vista.



Así, les traslado una pregunta: ¿repetiremos los mismos errores y pasaremos de los errores analógicos a los tecnológicos? Si hace 100 años empezamos a perder libertad estructural, ¿puede la evolución de la aplicación de la criminología llevarnos a perder la libertad personal desde, incluso, antes de nacer?

Acabo: los problemas sociales de esta crisis están empezando a florecer. Sin embargo, recuerden que la generación que nos apoyó durante anteriores crisis económicas ya no está. Este virus se los está llevando. Veremos si el apoyo social por parte de las familias, que ha caracterizado a nuestro país, se mantiene.

Los problemas de polarización política se repiten, pero en el lamentable espectáculo que dan nuestros representantes no debo entrar.

Por fin, aparecen también los problemas de control, especialmente, de las personas más desfavorecidas; y de las personas que confían en que la tecnología, sin derechos y sin control, es la panacea. ¿Son éstos problemas irresolubles?

Pla terminó por marcharse a París en 1920, lugar que quedará por siempre para Rick e Ilsa y que, para algunos, bien vale una misa. Nosotros, desde nuestra ciencia, tenemos la obligación de quedarnos.